

M. García

(M. GARCÍA RUIZ*, 31/03/2013) Debo confesar, sin ningún rubor, que la figura del papa Francisco me ha caído muy bien. Como a miles y miles de personas, sean o no seguidores de la Iglesia que representa. Desde el inicio de su pontificado se ha rodeado de signos de humildad, espiritualidad y cercanía al pueblo, venciendo del boato que rodea habitualmente la figura históricamente inaccesible del papa, con cuyos gestos ha conquistado la simpatía de un amplio sector de la población mundial, entre otros, del pueblo evangélico o protestante, con quienes mantiene vínculos de relación fraterna desde su ministerio en Argentina, como obispo, arzobispo y cardenal Bergoglio, donde ha mantenido fraternales contactos con judíos, musulmanes y evangélicos en un plano poco habitual en esos niveles jerárquicos.

Con sus gestos ha trasladado la impresión de que más que *pontifex maximus*, un título arrebatado a los emperadores romanos, quiera ser simplemente obispo de Roma (¿regresando al papel histórico de gobierno de uno de los cinco patriarcados, sin más pretensiones de jerarquía absoluta?) que, por añadidura, le es asignada la enorme responsabilidad de hacer frente a la recomposición de una Iglesia que hace agua por varios agujeros: pederastia de sacerdotes, banca vaticana, curia romana, deserción de millones de católicos especialmente en su vivero más querido, América Latina… ¡Vaya mochila que le deja de herencia su predecesor!

